6 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS.

PUNTO 1º

Considera como César Augusto mandó á todos sus vasallos que se empadronase cada uno en su país. Para obedecerle María y José pasan á Belén. Admiremos la obediencia que el Hijo de Dios ha querido prestar á aquel Príncipe, que promulgaba el edicto para conocer las fuerzas de su imperio, y para imponer á sus vasallos un nuevo tributo. Jesús nació por la obediencia, y por la obediencia también quizo morir: esta es la primera y última lección que nos ha dado. María y José que obraban por impulso de aquel divino Niño, no discurren acerca del edicto, ni pretenden eximirse de obedecer á aquel Príncipe, aunque tenían consigo al Rey de la tierra y del cielo. No se excusan por el rigor de la estación, la distancia del camino, la situación de María ya próxima al parto; antes bien obedecen ciegamente á á Dios en la persona de sus ministros: obedecen con intrepidéz en una cosa árdua y al mismo tiempo de grande humildad: obedecen prontamente y sin dilación y le obedecen con alegría, sin murmurar y sin quejarse. ¿Es así como nosotros obedecemos á Dios y á nuestros superiores? Llegan á Belén, buscan hospedaje; pero no pudieron hallarle, porque eran pobres. ¿Por qué María busca hospedaje para su hijo Jesús? Por el respeto con que le miraba. ¡Alma mía, vé aquí á Jesús que desea entrar y hospedarse en tu corazón! ¿Le negarás la entrada? ¿Lo enviarás á que se aloje en un establo? ¿Qué hubieras hecho, si estando tú en Belén, María y José te hubiesen pedido que los recibieses en tu casa? ¿No eres tú más culpable que los judíos, que no le conocían? ¿Cuánto tiempo hace que Jesús llama á la puerta de tu corazón? ¿Cuántas veces le has negado la entrada, y cuántas le has arrojado después de haberle recibido? ¡Miserable! ¡si supieras quién es el que te pide hospedaje! ¡Oh, y cuánto más digno de lás-

tima, si lo sabes y no lo recibes! ¿Qué le responderás en el día del juicio universal, cuando echándote en cara tu ingratitud te dirá: «Estuve peregrino en la tierra y no me hospedaste?»

PUNTO 2º

María y José, no habiendo hallado quien los quisiera admitir en su casa, se vieron obligados á salir de la Ciudad y recogerse en un establo descubierto, en una cueva al pie de una colina que servía de albergue á los animales. La Reina de los cielos entra en aquel palacio de pobreza, con una modestia angélica, sin quejarse ni hablar contra aquellos habitantes, y mucho ménos contra la divina Providencia. Habiendo entrado, se pone de rodillas y dá gracias á Dios por haberla reducido á aquel estado de pobreza, de humillación y de paciencia: se prepara para el parto, y á la media noche, cuando estaba en oración, y todo el mundo en silencio, dió á luz á su hijo Jesús, que salió de sus purísimas entrañas, como pasa el sol por un cristal, sin

manchar, ni ofender su pureza. ¡Oh Dios y Señor mío cuán profundos son vuestros juicios y cuán admirable vuestra conducta! ¡Quién hubiese creído jamás que este Niño fuese vuestro Hijo, viendo lo poco que le cuidabáis en la apariencia, no deparándole para su nacimiento sino un establo! ¿Qué motivo tengo yo para quejarme de la pobreza y de las otras miserias de la vida mortal, viendo la conducta que observáis con estas tres personas que os eran las más amadas del mundo? ¡Oh Virgen Santísima! ¡Qué sentimiento me causa el veros tan mal tratada de los hombres, y en la precisión de retiraros á un lugar que tan mal conviene á vuestra condición! ¡Oh, si nosotros hubiésemos vivido en aquel tiempo, y os hubiésemos conocido como os conocemos ahora, cuanto nos hubiésemos regocijado de recibiros en nuestra casa! Empero, también podemos ahora tener la misma dicha, y prestaros el mismo servicio, recibiendo en nuestro corazón á vuestro divino Hijo. Venid, pues, Santa Madre nuestra: traednos ese divino Niño y pedidle que

entre en nuestra alma. En verdad, es un establo bien pobre y miserable; pero ya que ha preferido el establo de Belén á los palacios magníficos de los reyes, no se desdeñará de entrar en nuestros corazones, si vos se lo pedís. Venid ¡oh Sabiduría de Dios! ¡Oh raíz de Jesé! ¡Oh llave de David! ¡Oh Emmanuel! ¡Oh legislador y reparador del mundo! Venid á libertarnos de la esclavitud del demonio. Venid á sacarnos de las tinieblas del pecado en que vivimos sepultados tantos años: venid ¡sol divino! á ilustrarnos con vuestras luces y á encendernos en vuestro amor. Venid ¡Salvador divino! cumplid la promesa que nos habéis hecho por vuestra Santa Iglesia; arrojad vuestros enemigos de nuestro corazón: borrad con vuestra gracia todos nuestros pecados y reinad en nosotros pacificamente en el tiempo y en la eternidad.

7 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE EL MISTERIO DEL NACIMIENTO

DEL HIJO DE DIOS.

PUNTO 1º

Jamás se ha mostrado Dios tan grande como cuando se ha hecho pequeño, ni se ha dejado ver tan poderoso como cuando se ha mostrado débil, ni ha parecido más amable, que cuando le hemos visto pobre y menesteroso. Cuando vemos á un Dios que se hace hijo del hombre, consideramos que el hombre puede llegar á ser Dios, y esto nos consuela. Cuando le vemos en un establo, concebimos que es menester humillarnos, y esto nos asombra; cuando le vemos sobre pajas, conocemos que todas las grandezas de la tierra son basura, y esto nos obliga á despreciarlas; cuando lo vemos llorar, gemir y temblar de frío, inferimos que es necesario padecer, y esto nos dá ánimo para abrazar las mortificaciones y padecimientos. Alma mía mira el cuer-